



Colaboración

Por Rosa Mari Forns

Mi primer gran viaje: Nepal.



Salimos de Delhi con destino a Katmandú, capital de Nepal, país del que no tenía más referencia que su altitud, el Everest, el Himalaya... Para entonces una nueva amiga, que viajaba sola desde Madrid, se había unido a nuestro grupo. El guía había entablado una buena relación con nosotras y era prácticamente nuestro guía particular, ya que el resto de su grupo prefería ir de compras a su aire, no adaptarse a los horarios e intentar ahorrarse unas pesetas en las excursiones optativas.

Nepal es el país más hermoso que he conocido. Sus paisajes montañosos, los valles verdes entre las montañas, los ríos, los edificios y sobre todo su gente y sus tradiciones eran incomparables.

Nos recibieron en el aeropuerto con collares de flores y un billete de 5 \$ para jugar en el casino. Naturalmente aquellos 5 dólares y algunos más volvieron a las arcas del reino. Sus costumbres prohíben a sus habitantes matar animales, a no ser como sacrificio ofrecido a sus dioses. Tuvimos ocasión de acudir a uno de estos sacrificios ceremoniales, en el que ofrecían la sangre de las víctimas a Kali, escaldaban los animales y se preparaban para disfrutar de un banquete sagrado, delicioso y poco habitual.

Por otro lado, las cucarachas, ratones y todo tipo de bichejos andaban a su antojo, sin el menor temor a ser molestados.

Las mujeres visten saris de distintos colores, de acuerdo con su nivel en la sociedad. Las campesinas llevan un borde negro, mientras las que se dedican a reparar carreteras o son vendedoras llevan otros distintivos.

Las costumbres religiosas son diversas y muy interesantes para nuestra mentalidad europea. Cada cierto tiempo se elige, entre las niñas de 3 años, una diosa viviente, muy venerada por los nepaleses. Las someten a diversas pruebas y la que las supera sin llorar es elegida. Vive en un templo, rodeada de comodidades, junto con su familia, hasta el momento en que, por cualquier razón, su cuerpo sangra. Lógicamente su familia la cuida con esmero para evitar cualquier riesgo de caída u otro tipo de herida. Cuando se hace mujer deja de ser diosa y se elige a su sucesora. Entonces le está permitido casarse, pero existe la creencia de que los esposos de las diosas vivientes mueren pronto, por lo que no son muy apreciadas por los jóvenes.

En los templos dedicados a la madre de Buda no se puede entrar con nada relacionado con animales, por lo que en nuestra primera visita debimos quedarnos a la puerta, porque no era suficiente descalzarnos o quitarnos los cinturones. Debíamos dejar fuera nuestros bolsos de piel, con todas muestras pertenencias, cosa que no nos pareció recomendable.

Su creencia en la reencarnación los lleva a preparar de forma muy especial el paso a la otra vida. Cuando saben que están próximos a morir son llevados a la ciudad de los muertos, donde son asistidos, bajo unos soportales junto al río, por sus familiares más cercanos. Los bañan en el río para purificarlos y preparan una pira que el hijo mayor se encarga de encender a su muerte para incinerarlos. Echan las cenizas al río esperando volver a la vida en el cuerpo de cualquier persona o animal, que preferiblemente no sea un perro.

Como hay mucho analfabetismo, los fieles hacen rotar molinillos de oración, en cuyo interior están escritas las plegarias, para que su reiterativa oración alcance los oídos de los dioses, o bien rozan banderolas con oraciones escritas con el mismo fin.

Los tejados de los edificios están rematados por representaciones de serpientes para protegerlos de las tormentas, cuyos espíritus "femeninos" las temen.

En las calles de la ciudad era fácil ver a sus habitantes fumando marihuana, que ofrecían abiertamente a los turistas al pasar.

La comida seguía siendo fuerte y poco apetitosa a causa del calor, por lo que nuestra delgada nueva amiga parecía una de las tristes muestras que ahora nos ofrece la televisión de las enfermas de anorexia. Cuando dejamos Katmandú, en un avión que tuvo que salir casi en vertical del pequeñísimo aeropuerto para no estrellarse contra las montañas, me quedé con la idea de que en algún momento tengo que volver a Nepal.

Mi primer gran viaje: Tailandia



Cuando llegamos a Bangkok nos dimos cuenta de que muchas de las personas que nos habían acompañado en el viaje solo habían realizado compras de muchas cosas a muy buen precio, pero no habían escuchado ninguna de las explicaciones del guía, ya que cuando empezamos a aterrizar, escuchamos a una de nuestras compañeras comentando que llegábamos a otro país donde también había muchas piscinas. No eran capaces de distinguir los arrozales que en los tres países formaban una parte importante del paisaje visto desde el aire. Aquella era una gran ciudad, con un ambiente mucho más occidental que las

otras dos capitales. El tráfico era caótico, las tiendas eran más parecidas a las nuestras y los precios seguían siendo muy buenos. Por fin, la comida era apetitosa, con mucho pescado, mariscos y muy buena fruta. Recuerdo que una noche fuimos a cenar a un precioso restaurante en el centro de un lago cubierto de nenúfares y otras plantas acuáticas y hasta donde se llegaba por una pasarela de cristal. Tomamos langosta recién elegida y tomamos vino francés, no recuerdo si mejor o peor que un buen Rioja, pero si más conocido por aquellas latitudes.

Una de las atracciones típicas de Tailandia, ya en aquella época, eran los espectáculos de streepease, por lo que cualquier grupo de extranjeros que se preciara tenía que ir a ver uno. Nos repartieron en taxis y ya desde el hotel les indicaron donde tenían que llevarnos. El taxista y su compañero hablaban continuamente en tai, mientras recorrían las calles de la ciudad hasta llegar a una enorme puerta de hierro ante la que llamaron de una forma convenida para que nos dejaran entrar. Lo cierto es que pasamos algo de miedo hasta que encontramos algunas caras conocidas y pudimos por fin hablar con alguien en español. Era increíble lo que aquellas mujeres, que cubrían sus pechos de forma pudorosa, podían hacer con otras partes de su anatomía.

Visitamos el palacio real y nos deslumbramos ante el Buda de esmeralda o al de oro, una enorme estatua que fui incapaz de fotografiar adecuadamente a causa de los destellos que se reflejaban en el objetivo. Había enormes riquezas en el palacio y sus templos adyacentes, pero también nos explicaron que una de las princesas había perdido su carácter real por haberse casado con un extranjero. Sin embargo, años más tarde, vi a la reina Sirikit muy de cerca, en un concierto en el Auditorio de Madrid y me pareció tan de carne y hueso como cualquier otro asistente.

Fuimos al mercado flotante, donde los agricultores ofrecen sus mercancías desde barquitas de remos que manejan con mucha habilidad por los canales, vimos a los elefantes demostrar sus habilidades como cargadores de fuerza descomunal, y contemplamos en las playas de Pattaya, desde barcas con fondo de cristal, los preciosos fondos marinos, llenos de peces de colores que nadaban a nuestro alrededor entre los corales.

Nuestro viaje llegaba a su fin, nuestras maletas llenas no admitían ni un alfiler y las carteras de algunos viajeros estaban completamente vacías. Recuerdo que tuvimos que hacer una colecta para pagar los extras que había tomado uno de ellos en el desayuno para que en el hotel nos dejaran subir al autocar. Aún ahora nos reímos cuando recordamos que tuvimos que pagarle los huevos a Manolo... El viaje de vuelta fue mucho más tranquilo que el de ida. No había ya huelga de controladores, ni el avión sufrió ninguna avería que nos hiciera recorrer más de mil Km. para hacer un aterrizaje más seguro, ni nos cachearon en la escala técnica en un país árabe, pero no pudimos evitar que las experiencias vividas nos hayan convertido en viajeras vocacionales, siempre dispuestas a continuar el aprendizaje y la diversión que proporciona viajar.